

ARTICULO VII.

Estado de la iglesia griega. Tentativas inútiles para su reunion con la latina. Consumacion del cisma.

A medida que la dominacion de los emperadores de Constantinopla se estrechaba por las conquistas de los musulmanes, la iglesia griega perdía también su extension, y por consiguiente su lustre y poder exterior; pero conservaba uno y otro en todas las provincias de Europa y Asia que no habían caído baxo el yugo de los infieles; y aun las sociedades christianas que subsistian en los países que habían sometido, se elegían pastores que los gobernasen, con la misma autoridad espiritual que habían tenido baxo sus antiguos soberanos. De ahí dimanaba que en muchas asambleas eclesiásticas, celebradas en Oriente en el discurso de este siglo en asuntos de religion, también se encuentran gran número de obispos con el nombre de las ciudades que ya no obedecían á los emperadores christianos. Aquellos obispos miraban siempre á los emperadores como sus verdaderos y legítimos soberanos, no siendo los príncipes mahometanos, á sus ojos, sino unos usurpadores mas ó ménos odiosos, según ponían límites mas ó ménos estrechos á su libertad.

Los emperadores griegos ménos poderosos que nunca en lo extremo, estrechándose sus dominios de día en día, no eran ménos absolutos en los que aun conservaban. Dominaban sobre las iglesias y sobre los prelados con el mismo poder, ó por mejor decir, despotismo, que les hemos visto ejercer en los siglos anteriores. Las elecciones de los obispos, sin exceptuar las de las primeras sillas, solo pendían realmente de su voluntad, aunque siempre estuviesen en práctica, y pareciese procederse á ellas con una especie de libertad. Dirigían los votos á su arbitrio; y la dependencia del clero, en los asuntos que ménos debían tenerla, era tan grande, que jamás repugnaban un sujeto propuesto por el príncipe, por falta que estuviese del talento necesario para el ministerio que se le destinaba. Este dominio de los emperadores sobre toda la gerarquía eclesiástica era tan arbitrario, que ni la eleccion canónica, ni la ordenacion hecha según las reglas, ni aun

la posesion mas dilatada y tranquila, no podían asegurar el estado de los primeros pastores. Al menor disgusto, ó por mejor decir, al menor capricho del príncipe, los metropolitanos y los patriarcas, y aun los mas méros obispos eran desposeidos, excluidos de sus sillas, encerrados en monasterios, ó desterrados á lugares remotos; y otros fácilmente elegidos, ordenados é introducidos, se sentaban en las sillas episcopales como si estuvieran vacantes, hasta que una desgracia semejante los hiciese arrojar de ellas á su tiempo.

Baxo unos soberanos, cuya voluntad se mudaba frecuentemente, á proporcion que también lo hacían sus intereses y pasiones, los prelados inciertos siempre en la posesion de sus dignidades, siempre con el temor de disgustar á la corte, se limitaban á gozar los honores del santuario; pero descuidando todas las obligaciones del ministerio episcopal, que exígian zelo y fortaleza; y si alguna vez la mostraban, era solo para obstinarse en el cisma que los separaba de la iglesia romana, y fortificarse en el odio que alimentaban desde tanto tiempo contra el clero latino: pasión profunda de que la preocupacion hacia un deber, y en la qual tenía tanta parte el desprecio como el rencor. Este era el solo punto, en el qual jamás se vió á los obispos de la iglesia griega condescender con la voluntad de su soberano. Dóciles y aun rendidos en todo lo demás, solo se atrevían á la resistencia quando se trataba de reunion.

Desde los últimos años del siglo XII. el usurpador Alexo Angelo había entablado este gran negocio. Este príncipe envió embaxadores al papa Inocencio III. con ricos presentes, cumplimentándole por su exáltacion á la silla de san Pedro, y rogándole le visitase por sus legados. Sin duda Alexo no tenía otra intencion que la de grangearse al papa, é impedir por este medio que los ejércitos destinados al socorro de la tierra santa fuesen á turbar los principios de su reynado, y quizá á juntarse con sus enemigos, como en lo sucesivo se verificó. Inocencio le respondió, enviando dos legados á Constantinopla. Llevaron al emperador y al patriarca Juan Camathero, sucesor de Xifiliño, cartas en que el papa entraba en la discusion de los puntos de doctrina y disciplina, que dividían las dos iglesias; á saber, la procesion del Espíritu Santo, el

primado del papa, el uso del pan ázimo en la Eucaristía, las apelaciones á Roma, y otros artículos ménos importantes. Estas cartas tuvieron respuestas, en que el príncipe y el patriarca procuraban justificar su fe y las prácticas de su Iglesia, y echar á los latinos la culpa del rompimiento, acusándolos de innovar en sus usos, de altanería y dureza en su proceder, y quejándose de los estragos que los cruzados habian hecho en las tierras del imperio. En quanto á lo demas, pedian al papa la congregación de un concilio, en donde se examinarían los puntos concernientes al dogma, y se aclararían las reciprocas quejas conforme á las reglas eclesiásticas; prometían concurrir con espíritu de paz á procurar el feliz éxito de aquel concilio, y á hacer executar sus decretos.

Creó el papa que no debía dexar sin réplica las respuestas de Alexo y Camathero; lisonjeado por otra parte por algunas expresiones del patriarca, que parecían confesarle sus sentimientos, tocante á la jurisdicción del soberano pontífice, y á la obediencia que se le debe. Inocencio III. se imaginó sin duda seria fácil allanar las dificultades que se oponían á la reunion en tiempo de sus predecesores. Conocía, y los griegos no lo disimulaban, que el temor de ser molestados por los pontífices romanos, y aun mas por sus representantes, era el motivo que inspiraba á los griegos tanta oposicion á una autoridad cuyos efectos temían. Con esta persuasion parece debía trabajar en disipar sus temores, haciéndoles ver que la iglesia romana, léjos de toda dominacion tiránica, solo empleaba medios de justicia y de moderacion en el uso de su autoridad sobre las otras iglesias. Pero los hechos le hubieran desmentido á haber dado á sus réplicas este colorido, que parecia muy inconveniente á las circunstancias. Tomó pues el partido de exaltar sin restriccion el poder pontifical, y en lugar de razonamientos sólidos, se extendió, como entónces se usaba, en comparaciones y alegorías que pasaban por pruebas, porque aun no se conocía ni se conoció en mucho tiempo la crítica ni la analisis. Alexo fué destronado poco tiempo después, como referimos en el artículo primero, y la revolucion que le precipitó tuvo consecuencias nada propias á calmar las disposiciones poco favorables de los griegos para con los latinos. La promesa hecha á los cruzados por el jóven Alexo An-

gelo, y confirmada por su padre de sujetar al papa la iglesia griega, no tuvo efecto. La conquista de Constantinopla por el ejército cruzado, los excesos de crueldad, el saqueo de casas y de templos, los ultrajes, las profanaciones, en una palabra, los horrores que la precedieron, la acompañaron y siguieron á aquel memorable suceso, hicieron á los latinos mas odiosos que nunca á toda la nacion, que no podia achacar á otros los males que sufría. Nicetas, célebre historiador griego, que vivía en aquellos infelices tiempos, hace una horrible pintura de los desastres de que fué testigo. Acaba su narracion echando en cara á los autores de las desgracias de su patria los crímenes de que se manchaban. Les acusa de haber ultrajado á un mismo tiempo la religion y la naturaleza, de haber extendido en barbarie á los mas furiosos enemigos del christianismo, y de ser el pueblo mas feroz y mas impio que se ha visto hasta entónces sobre la tierra. Estos sentimientos, fundados en hechos demasiado ciertos, estaban grabados en todos los corazones. Mientras que los latinos permanecieron dueños de Constantinopla, daban cada dia á los griegos nuevos motivos de aborrecerlos mas. En este estado de cosas, proponer la reunion hubiera sido sublevar inútilmente los ánimos, y abrir las llagas que estaban ya demasiado envenenadas.

Muchos años pasaron, pues, sin que las dos iglesias diesen paso alguno para unirse, ántes parecían mas separadas que nunca; y parece que para poner nuevos obstáculos, no cesaban de agravarse mutuamente. Las cosas se conservaron en este estado todo el Reynado de Teodoro Lascaris, que se habia hecho coronar emperador en Nicea; y los primeros años del de Juan Ducas Vatacio, su yerno y sucesor, hasta el año de 1232. Entónces German Nauplio, patriarca griego de Constantinopla, que residia en Nicea, envió una diputacion al papa Gregorio IX., que sucedió á Honorio III. El enviado de aquel patriarca conducía una carta suya, que se dirigía á renovar la negociacion inútilmente entablada en el pontificado de Inocencio III. Esta carta dexa ver el carácter del candor y de la sinceridad. El patriarca reconoce en ella la primacia de la silla apostólica. Se expresa en este punto con los términos ménos equívocos. No se hablaria mejor en el dia; testifica su mayor deseo de llegar á la reunion,

y aun llega á decir que la pide juntas las manos. No disimulando al mismo tiempo lo que impide á la mayor parte de los griegos concurrir á una cosa de que la religion sacaria tantas ventajas. Y es, dice, el temor en que estamos de ser expuestos á la opresion, á las tasas, á las investigaciones que inquietan, y á todo lo que los curiales de la corte romana exigen de los que dependen de ellos. German escribió otra carta dirigida á los cardenales. En ella se explicaba aun con mas claridad sobre el abuso que hacian de su poder, y el modo altanero con que trataban las iglesias adonde eran enviados. No les perdonaba tampoco las reconvenciones de su fausto y codicia. Esto no obstante imploraba su mediacion para con el papa, y les rogaba que se juntasen á él para la grande obra de la reunion.

Gregorio IX. respondió á la propuesta del patriarca en los términos debidos; es decir que prestándose, á los deseos de los griegos, tomó las medidas necesarias para asegurar el dogma, conservar los derechos incontrastables de su silla, y terminar de un modo permanente todos los objetos de contestación que servian de pretexto á los enemigos de la paz para alargar el cisma. Este plan era sabio, y los nuncios de Gregorio tenian orden de no separarse de él. Estos eran quatro religiosos muy instruidos y zelosos de los verdaderos intereses de la Iglesia. Dos del orden de Predicadores, Hugo y Pedro, y otros dos del orden de los Menores, Aimundo y Rodulfo, que iban igualmente diputados cerca del emperador y del patriarca. Quando se supo en Nicea que se acercaban, se enviaron para recibirles personajes del senado y del clero. Los conduxeron primeramente á la Iglesia en que se habia congregado el primer concilio general, y desde allí á la habitacion que se les habia preparado. En donde hallaron en abundancia todas las cosas necesarias y convenientes, tanto á las necesidades de la vida, como al decoro del carácter de que estaban revestidos. En todo el tiempo de su mansion fueron tratados del mismo modo. Estos testimonios exteriores de honor y de respeto parecia que eran garantes de la sinceridad de los griegos en el asunto importante de que se iba á tratar. Los nuncios no dudaron de ella; y si el suceso no correspondió á las esperanzas, no fué por su defecto, pues toda su conducta fué sabia, circumspecta y suave.

La discusion de los puntos de fe y disciplina que dividian las dos iglesias se empezó desde luego en conferencias poco numerosas, y continuó en un concilio congregado en Nimphea ciudad de Bytina, adonde se habia transferido el emperador, y compuesto de gran número de obispos. Los nuncios reduxeron toda la quæstion á dos puntos, la procesion del Espíritu Santo y el uso del pan ázimo en la celebracion del sacrificio. Hicieron los griegos vanos esfuerzos para disfrazarse con sus ordinarias sutilezas; pero fueron seguidos paso á paso en todos sus rodeos, y obligados á explicarse sencillamente. Al principio habian manifestado convenir en que el Espíritu Santo procede igualmente del Padre y del Hijo, y en que la iglesia romana consagraba válidamente con el pan ázimo. Pero despues procuraron modificar lo que habian dicho por rodeos que destruian su primera confesion. Forzados en fin por las instancias de los nuncios á hablar sin rebozo sobre la procesion del Espíritu Santo, declararon formalmente que miraban como herética la opinion de los latinos, y que la Eucaristia consagrada con pan sin levadura no era el verdadero sacramento ni el verdadero sacrificio instituido por Jesu-christo. No tuvieron los nuncios dificultad en refutar estas dos objeciones. Tenian en su favor la tradicion tan claramente atestiguada por los griegos como por los latinos; y en quanto á la palabra *Filioque*, introducida en el símbolo por la iglesia de Occidente, mostraron no era una innovacion condenable, y sí solo una explicacion y un descubrimiento del dogma necesarios para hacer la exposicion de la fe mas clara y mas sensible al pueblo; que bien se podia profesar en alta voz este dogma recitando el símbolo, puesto que se le debia creer con toda la Iglesia. Controvertidos los dos puntos de un modo que allanase toda dificultad, era menester llegar á una conclusion. Este era el artículo mas importante y delicado. Prometieron los griegos aprobar la consagracion de la Eucaristia con el pan ázimo, con tal que los latinos consintiesen en suprimir en el símbolo la adiccion que hacia tan diferente la profesion de las dos iglesias. Esta extraña propuesta manifiesta á un mismo tiempo que los griegos para retardar la reconciliacion, buscaban todos los medios de suscitar todos los obstáculos, y que solo permanecian en el cisma por obstinacion. Aunque la paz de las iglesias sea tan preciosa y deseable,

jamás se debe comprar á costa de la verdad; por tanto la oferta de los griegos era inadmisibile, y lo que los nuncios propusieron era harto mas conforme al espíritu que habia siempre dirigido á la Iglesia en los negocios de esta naturaleza; esto se reducía á dar por bueno el sacramento de los latinos, en el qual nada se hallaba reprehensible, y á enseñar que el Espíritu Santo procede lo mismo del Hijo que del Padre, pues convenían en que este punto de doctrina pertenecía á la fe. Ofrecieron los nuncios baxo estas condiciones la paz á los griegos en nombre de la santa sede, prometiendo ademas que no se les obligaria á cantar en el símbolo la adición *Filioque*, si rehusaban adoptarla. Parece que el acomodamiento no podia hacerse en términos mas justos y suaves. A pesar de esto los griegos y aun el mismo emperador clamaron contra la dureza de las condiciones, y expresamente declararon no podia á aquel precio hacerse la reunion. Se desvaneció, pues, todo proyecto de reconciliacion, y los nuncios se volvieron á Roma sin haberse decidido nada.

Baxo el reynado de Teodoro Lascaris II. hijo y sucesor de Juan de Vatacio, y el pontificado de Alexandro IV., se volvió á entablar la negociacion en 1256; pero fué tambien con poco suceso. Al legado, á quien el papa fió esta comision, no le dieron lugar á desempeñarla, pues llegado á Barea en Macedonia, le volvieron á enviar sin oírle. Las circunstancias parecieron más favorables quando Miguel Peleologo reconquistó á Constantinopla del modo que hemos dicho en el artículo primero. Este príncipe temió justamente que el papa armase de nuevo todo el Occidente para sostener los derechos del emperador latino Balduino II.; quiso pues evitar esta tempestad, cuyo peso apenas podia sostener en los principios de un reynado mal asegurado. No le pudo ofrecer su política medio mas seguro de alejar este riesgo que el de renovar con la santa silla las negociaciones entabladas y tantas veces interrumpidas de la extincion del cisma. Tal fué durante algunos años el objeto de muchas embaxadas en Roma por parte de Miguel, y en Constantinopla de la de los papas Alexandro IV., Urbano IV. y Clemente IV.; pero al principio la negociacion se conduxo con mucha lentitud. Miguel arreglaba su conducta por las apariencias mayores ó menores del riesgo cuyo temor era el motivo. Este príncipe,

uno de los mas hábiles de su tiempo, animaba ó dexaba entibiar el calor que mostraba de reunirse; segun creia, el proyecto de una nueva irrupcion de los latinos en sus estados mas próximo ó remoto.

En fin baxo el pontificado de Gregorio X. se trató el asunto de la reunion sobre un nuevo plan, y mostrando el emperador un sincero deseo de consumarla felizmente, se esperó cayesen esta vez por tierra las barreras que separaban las dos iglesias. Sin embargo el temor de ver echarse sobre el imperio las fuerzas de los latinos era el que hacia obrar siempre á Miguel. Sabia que Cárlos de Anjou, rey de Nápoles, príncipe conocido por su ambicion, cuya hija segunda habia casado con Felipe, hijo y sucesor de Balduino I., solicitaba vivamente del papa y los príncipes de Europa dispusiesen una expedicion para la conquista del imperio de Constantinopla. No ignoraba el papa los secretos motivos de Miguel; pero creyó no debía negarse á los deseos pacíficos con que aquel príncipe cubria sus verdaderas intenciones. Muchas veces hace Dios servir las miras políticas de los poderosos y reyes á la execucion de los ocultos designios de su providencia. Se trataba de hacer un gran bien á la Iglesia; esto solo bastaba para que Gregorio, pontífice tan piadoso como moderado, emplease toda la actividad de su zelo.

No buscaba este papa sino el bien de la religion. Así para evitar todos los obstáculos que hasta entónces habian inutilizado el proyecto de la reunion, se contentó con que los griegos subscribiesen á la profesion de fe hecha por Clemente IV. su predecesor, en la qual ni Miguel ni sus obispos habian hallado cosa contraria ni á la escritura ni á la tradicion. Esta profesion, que el mismo Clemente habia enviado á Paleologo, era una explicacion del símbolo concebida en los términos mas claros. Todos los puntos sobre que se habia dificultado se veian allí en claro, y esta exposicion hecha con método no dexaba subsistir ninguna duda. Hizo Gregorio X. remitir una copia exácta de esta profesion de fe al emperador, acompañándola de una carta en que le exhortaba á concluir el ajuste durante su pontificado, temiendo que los papas que le sucediesen no fuesen tan fáciles y bien avenidos. Se convidaba al mismo tiempo que asistiése al concilio que se proponia congregarse, como lo hizo en efecto en Leon el año de 1274.

Fuese que Paleologo hubiese concebido la estimacion y confianza que merecia Gregorio X., y que de consiguiente desease verificar en su vida la reunion, ó que mirase el término del cisma como el solo medio que podia asegurarle contra las empresas de los príncipes latinos, apresuró quanto pudo la conclusion del tratado baxo las condiciones que el papa habia propuesto. La cosa no era fácil á pesar de quanto se habia hecho hasta entónces para aclarar los puntos de la controversia, y disipar la preocupacion de los ánimos. La mayor parte de los prelados, y el patriarca de Constantinopla el primero, y lo mas considerable del clero resistian el acomodamiento. Juan Vequio, tesorero de la iglesia de Constantinopla, hombre de una erudicion profunda, y generalmente estimado, era uno de los que mas se oponian. Deseaba Miguel vivamente ganarle, persuadido de que si entraba en sus designios el exemplo de un hombre tan ilustrado, arrastraria otros muchos. Empleó sucesivamente los alhagos y el rigor; pero nada pudo obtener. Era Vequio de aquellos hombres firmes y rectos, que solo ceden á la razon. Estaba preso, y para salir del error, si le tenia, quiso instruirse leyendo las obras publicadas sobre las quëstiones que agitaban desde tanto tiempo á los griegos y latinos. Cotejó en los escritos de los padres todos los lugares citados en favor de la iglesia romana, sobre el fondo de la controversia y los distintos objetos que abrazaba. Reconoció por este exámen que no habia ninguna verdadera dificultad, ningun motivo sacado del interes de la fe, que debiese servir de obstáculo á la reunion, y que sola la pertinacia ó miras puramente humanas habian podido desvanecer tantas veces un proyecto de que todo hombre sensato y christiano bien intencionado debia desear el favorable éxito. Vequio se confirmó en este modo de pensar, y deseando se extinguiese el cisma con tanto ardor ó quizas mas que Miguel, comunicó sus luces y dictámenes á muchas personas. Pero muchas mas permanecieron aun en la opinion contraria, y este opuesto partido que se negaba á toda proposicion, no tenia otro designio que el de perpetuar el cisma.

No obstante el emperador estaba resuelto á terminar el asunto por qualquier medio. Empleando alternativamente el ruego y la reconvençion, la dulzura y las amenazas, obtuvo finalmente de la mayor parte de los obispos que

firmasen la profesion de fe de Clemente IV., y la acta de renunciacion del cisma que se presentaria al concilio de Leon. Los embaxadores de Miguel con este escrito y cartas del príncipe se pusieron en camino para ir al concilio con el diputado de los obispos griegos. Este era German, antiguo patriarca de Constantinopla, que habia abdicado por no comprometerse con la corte. Fueron recibidos del papa, cardenales y padres del concilio con grandes demostraciones de júbilo. Les hicieron todos los honores debidos á su carácter y al objeto de su mision. Comulgaron con el papa y los latinos en la celebracion de la misa, en que se cantó el símbolo en griego con el artículo concerniente á la procesion del Espíritu Santo, lo mismo del Hijo que del Padre, artículo que se repitió tres veces para hacer la adhesion mas firme y solemne. En fin el 6 de Julio habiéndose juntado el concilio para la quarta sesion, fueron los griegos introducidos con gran ceremonia, y colocados por distincion á la derecha del papa despues de los cardenales. Presentaron las cartas del emperador, y los obispos con la fórmula de Clemente IV., á que Miguel, su hijo Andrónico, y un gran número de obispos habian suscrito. Leidas estas piezas, los griegos, tanto á nombre de sus príncipes como de sus colegas, hicieron el juramento por el qual abjuraban el cisma, reconocian el primado de la santa sede, recibian la profesion de fe de la iglesia romana, y prometian no separarse jamas de ella. Despues de esto entonó el papa el *Te Deum*, que continuaron los padres del concilio; y en seguida cantaron el símbolo primero en latin, despues en griego con el artículo que *procede del Padre y del Hijo*, que se repitió dos veces. Así se concluyó la reunion tan deseada de las dos iglesias; y este suceso que no habia de ser de largas conseqüencias, fué un motivo de gozo para el papa y los prelados de la iglesia latina.

Los griegos se volvieron colmados de honores y muy satisfechos, llevando en su compañía nuncios que enviaba el papa al emperador para consolidar la paz tan felizmente concluida. El primer cuidado de Miguel al arribo de los embaxadores y nuncios fué dar un sucesor al patriarca Joseph. Este prelado, que se habia opuesto siempre á la reunion, habia firmado una acta por la qual prometia renunciar la dignidad, si la negociacion se terminaba por

unirse las dos iglesias, y entre tanto se habia retirado á un monasterio para no dar sospechas al emperador y á los que deseaban el fin del cisma. Habiéndose concluido la paz debia tener esta acta su efecto; se declaró pues vacante la silla patriarcal de Constantinopla, y el célebre Vequio fué elegido para ocuparla. Sabia el emperador lo que debia esperar de su zelo y luces para conciliar la union de la nueva y antigua Roma: con la intencion de ponerle la última mano congregó Vequio dos concilios en Constantinopla en 1277. Se ratificó en el primero lo que se habia hecho en Leon relativo al cisma, y en el segundo se excomulgó á los que perseverasen en su antigua oposicion á la paz de las dos iglesias. Los nuncios del papa, acompañados de nuevos embaxadores, llevaron á Roma las actas de estos concilios con cartas de Miguel, de su hijo Andrónico asociado al imperio, y del patriarca Vequio. Contenan una nueva confirmacion de los empeños contratados por los griegos en el concilio de Leon, y nueva promesa de executar exáctamente las condiciones del tratado concluido.

La santa sede habia perdido ya á Gregorio X.; este papa tan zeloso por la paz habia muerto en 1276, y sus dos sucesores Inocencio V. y Juan XXI. solo habian reynado 13 meses y algunos dias. Nicolao III., electo en Noviembre de 1277, recibió los enviados de Miguel y de Vequio. Este pontífice estaba bien distante de tener las intenciones puras y pacíficas de Gregorio X. Con los deseos perjudiciales de grangear á su silla las ventajas temporales de que Gregorio no habia cuidado, reproduxo las antiguas pretensiones que debian olvidarse para siempre, desde el momento en que se habia consumado la reunion mediante la autoridad de un concilio ecuménico. Esta conducta extraña de Nicolao III., á quien conceden los historiadores gran talento para los negocios, y el rigor de que Miguel usó para acabar de reducir á los partidarios del cisma, hicieron bien presto perder el fruto de un trabajo tan prolixo. Los nuncios de Nicolao indispusieron con sus discursos y proceder indiscreto los ánimos de los que se habian mostrado mas favorables á la union. Los golpes de autoridad que empleaba Miguel para hacerse obedecer, chocaban los ánimos; y Vequio, á pesar de su erudicion y de su talento, no podia impedir que el partido del cisma se engrosase de dia en dia. En fin, el

papa Martin IV., sucesor de Nicolao, dexándose persuadir que los griegos faltaban á la buena fe, y que habian engañado la santa sede en todo el curso de la negociacion, excomulgó á Miguel como autor del cisma, en tanto que aquel príncipe se conciliaba el odio del pueblo por los violentos medios que empleaba para extinguirle. Indignado Miguel de este tratamiento, prohibió nombrar en adelante al papa en la liturgia, como habia empezado á hacerse desde la reconciliacion; y si hubiera vivido mas tiempo, no se puede apénas dudar habria él mismo destruido su obra; pero murió en 1282, y su hijo Andrónico, que solo habia concurrido á lo que se habia hecho sobre la union por complacencia ó temor, no tardó en volver las cosas al estado que tenian ántes de la negociacion. Vequio fué depuesto y llevado de prision en prision por espacio de 15 años que sobrevivió á su desgracia. El patriarca Joseph, ya muy viejo, fué llevado á su palacio; y los partidarios del cisma, que le miraban como su cabeza, se autorizaban con su nombre para cometer los mayores excesos. Se reconcilió con el agua bendita y demas ceremonias ordinarias la iglesia de Constantinopla, como si hubiese sido profanada. Los que habian participado de la union, y comulgado con los latinos, se les impuso penitencia como si hubiesen cometido los mayores crímenes; y los prelados que con el patriarca Vequio habian concurrido al tratado entre los griegos y los romanos, fueron depuestos sin que nadie osase defenderlos. Si todo esto no se hacia por orden de Andrónico, á lo ménos este príncipe lo autorizaba con su silencio, y aun mas por el favor que dispensaba á algunos de los mas zelosos partidarios del cisma. ¿Se debia esperar otra cosa de un príncipe que habia impedido que se hiciesen á su padre los honores de la sepultura que se rendian á los emperadores, porque los cismáticos le tenían por excomulgado, como autor de la reunion de los griegos y latinos? Tal fué el éxito de las fatigas que tantos papas, tantos príncipes y sabios se habian tomado para destruir el muro de separacion que hacia las dos mitades de la Iglesia extrañas la una de la otra. Dios sin duda no quiso bendecir una empresa que quizá solo habria sido entablada por designios humanos é intereses políticos.